



- | | | |
|----|---|-------------------------|
| | 1. Nuestra pobre vida sin secretos Artículo de opinión Características - recursos | Javier Marías |
| 5 | 2. El camino de Guadalajara Narración (fragmento) Descripción de lugar | Camilo J.Cela |
| 10 | 3. El abuelo en Buenos Aires* Descripción autobiográfica Etopeya- prosopografía | Bryce Echeñique |
| 15 | 4. Todos los alimentos del mundo Artículo de opinión Léxico temático | Martín Garzo |
| 20 | 5. El milagro de La Nueva Gloria Artículo de opinión Recursos de persuasión | Almudena Grandes |
| 25 | 6. El pirata del Elba Narración. Estudio del tono narrativo | Luis Sepúlveda |
| 30 | 7. Un hombre de acción Artículo de opinión. Introducción a la argumentación | Luis Landero |
| 35 | 8. El almohadón de plumas* Narración. Cuento completo Características del cuento fantástico | Horacio Quiroga |
| 40 | 9. La publicidad pensativa Artículo de opinión Recursos de persuasión | Manuel Rivas |
| 45 | 10. El abrazo partido Análisis temático y cinemagráfico | Película |
| 50 | Ejercicios <ol style="list-style-type: none">1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.2. Se recomienda entregar las redacciones puntualmente todas las semanas, para bien del que las escribe y del que las corrige.3. Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.4. La copia de cualquier naturaleza sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.5. Los estudiantes deben hacer personalmente las redacciones sin ayuda de terceros para evitar la suspensión del curso. | |



Nº 1 *Nuestra pobre vida sin secretos*

Javier Marías

5 Había llegado con tiempo a la estación
de Francfort, así que entré en la tienda
de prensa para comprar EL PAÍS y
leerlo durante el trayecto a Düsseldorf.
10 Me había quedado perplejo la noche
anterior al enterarme de que la
empleada de la editorial alemana que
iba a acompañarme, de hecho no me
iba a acompañar, o sólo desde el
15 andén de Düsseldorf, ya que, aunque
en el mismo tren, yo viajaba en
primera y a ella sus jefes se habían
dignado sacarle sólo billete de
segunda. Vaya ahorro, pensaba: si
20 hubiera sido el Transiberiano, todavía
podría entenderse (poco), pero para
un recorrido de una hora y cuarenta
minutos lo que podían haberse
ahorrado es la mezquindad. Y;
25 mientras compraba el diario, cavilaba
sin ningún ahínco sobre dos
cuestiones: a) ¿por qué los editores
(con alguna rarísima excepción) son
un gremio universalmente tacaño?; y
30 b) debe de ser verdad eso de que los
muy ricos (mi editorial alemana tiene
desde hace décadas en exclusiva *El
Señor de los Anillos* para Alemania,
Austria y Suiza) lo son no tanto por lo
35 mucho que poseen y ganan cuanto por
lo poquísimo que gastan.

Pese a mis ociosas cavilaciones,
estuve lo bastante atento a mi compra
40 como para, tras oír el precio (dos
euros con algo, pongamos 2,05), y
comprobar que no llevaba billetes de
menos de 20, darle al cajero, además
de uno de éstos, una moneda de 20
45 céntimos para facilitarle el cambio. Era
uno de esos tipos con un ojo estable y
el otro disparado hacia el techo o hacia
la extrema derecha, hacia el norte o el
este, no sé bien, porque en esos casos
50 uno nunca logra decidir a cuál de los

ojos mirar, ni siquiera cuál es el recto.
Me devolvió las monedas hasta cinco
euros, y entonces se produjo ese
embarazoso momento en el que el
55 cliente aún aguarda y el vendedor te
insta con la mirada (aquí fue el
ademán) a que te quites de en medio y
te largues ya. Adiós, pensé: va a ser
uno de esos listos (muchos entre los
60 taxistas madrileños) que devuelven
sólo parte del cambio a ver si se le
pasa a uno el resto, y que luego, si no
es así, fingen despiste, "Huy, sí". Traté
de hacerme entender en inglés: "No
65 me ha dado usted los billetes". "Sí se
los he dado", contestó él, "uno de 5 y
otro de 10". "No", respondí, "eso es
justamente lo que no. Vea, no llevo
ninguno de 5 ni de 10", y saqué del
70 bolsillo el conjunto de mis billetes. Yo
estaba seguro, pero él también o era
muy terco. Así que la discusión siguió
repetitiva hasta que él se dirigió en
alemán a una compañera que en
75 seguida me puso cara de malhumor al
oír que lo que el individuo bifocal le
ordenaba era que ocupara su puesto
mientras él (me lo comunicó a mí en
inglés con expresión doblemente
80 triunfal) iba a "comprobar en el vídeo"
lo sucedido. Y desapareció tienda
adentro, dejándome bajo vigilancia
enconada y con mi maletón.

85 Así que hay un vídeo, pensé: también
aquí, donde venden la prensa. No es
ya sólo en los aeropuertos y en los
bancos y en los edificios oficiales o de
empresas acaudaladas, y en los
90 grandes almacenes y los
supermercados y los centros
comerciales, en los museos y a la
entrada de importantes hoteles, en las
estaciones mismas de ferrocarril (vías
95 y andenes) y en algunos largos
pasillos del metro... También en una
tienda de modesto tamaño, por mucho
que esté dentro de una estación.
Llegará pronto un día en que seamos



filmados en todas partes y
constantemente. Y si yo hubiera
estado aquí besándome con una mujer
distinta de la mía (claro que no tengo
5 mujer), eso habría quedado registrado,
qué espanto. Pero esto es algo por lo
que ya nadie protesta. Con el
argumento de que es todo por nuestro
bien y nuestra seguridad (a veces el
10 argumento es cierto, no lo niego; pero
no siempre, en absoluto), somos sin
cesar espiados y vigilados, es decir,
controlados, y para casi cualquier
actividad tenemos testigos, y no sólo
15 oculares, sino filmadores. No falta
mucho, sin duda, para que, por
nuestra supuesta seguridad, se
instalen cámaras en nuestras casas y
carezcamos enteramente de vida
20 privada y de intimidad, y sobre todo de
secretos, tan importantes en la vida de
todos, aunque sean inocuos e
ingenuos. Se sabrá todo sobre
nosotros, sin que además lo podamos
25 negar: "Vea, aquí está el vídeo que
prueba que fue usted al cuarto de
baño a las 17,42". Y quizá nadie se
oponga porque en el fondo gusta ser
observado, es una manera de
30 concederle a uno importancia, y la
posibilidad casa bien con el
exhibicionismo generalizado de esta
época...

35 Al cabo de bastante rato (menos mal
que iba con tiempo), el hombre del ojo
oblicuo me sacó de mis inútiles
cavilaciones: "Tenía razón, no le había
dado los billetes", me dijo sin
40 disculparse. Los cogí y me fui,
mascullando algo. Seguro que él
pensó que lo maldecía en mi lengua,
pero no era así, o al menos mi
pensamiento decía: "Habría perdido
45 con gusto los quince euros con tal de
que no me filmaran". Debo de ser casi
el único en pensar todavía así.

50 *El País Semanal*, 14 de noviembre de
2004



Nº 2 El camino de Guadalajara
Camilo José Cela

La del alba sería...No; no era aún la
5 del alba: era más temprano.

El viajero, a los pocos días, se
levanta a la última noche, la más
negra, antes incluso que los grises,
menudos pájaros de la ciudad. Se
10 viste con luz eléctrica, en medio del
silencio. Hacía años ya que no
madrugaba tanto. Se siente una
sensación extraña, como de sosiego,
como de descubrir de nuevo algo
15 injustamente olvidado, al afeitarse a
estas horas, cuando todos los vecinos
duermen todavía y el pulso de la
ciudad, como el de un enfermo, late
quedamente, como avergonzado de
20 dejarse sentir.

El viajero está alegre. Silba,
aproximadamente, la coplilla de una
película y habla, poco más tarde, con
su mujer, que se ha levantado a
25 calentarle el desayuno. El viajero está
casado. Los viajeros casados, cuando
se echan a andar, tienen siempre, a
última hora, una persona que les
calienta el desayuno, que les da
30 conversación mientras se afeitan a la
estremecida luz eléctrica de la
mañana.

El viajero, una hora antes de la
salida del tren, baja las escaleras de
35 su casa. Antes se ha ido a despedir de
su niño pequeño, tumbado boca abajo,
como un cachorro porque tiene calor.

-Adiós. ¿Llevas todo?

-Adiós. Dame un beso. Creo que sí.

40 El viajero cuando llega a la calle va
cantando por lo bajo. Tiene mal oído y
las canciones no sabe sino
empezarlas. El metro está cerrado aún
y los tranvías, lentos, distantes,
45 desvencijados, parecen viejos burros
abultados, amarillos y muertos.

El viajero tiene su filosofía de andar,
piensa que siempre, todo lo que surge,
es lo mejor que puede acontecer. Se
50 va mejor a pie, andando por el medio

de la calle, oyendo como rebota sobre
las casas el sonar de la clavazón del
calzado. Las casas tienen las ventanas
cerradas y las persianas bajas. Detrás
55 de los cristales-¡quién lo sabe!-
duermen su maldición o su
bienaventuranza los hombres y
mujeres de la ciudad. Hay casas que
tienen todo el aire de alojar vecinos
60 felices, y calles enteras de un mirar
siniestro, con aspecto de cobijar
hombres sin conciencia, comerciantes,
prestamistas, alcahuetas, turbios
jaques con el alma salpicada de
65 sangre. A lo mejor las casa de los
vecinos venturosos no tienen ni una
sola matita de yerbabuena o de
mejorana en los balcones. A veces, las
casas de los vecinos ahogados por la
70 desdicha, señalados con el hierro cruel
del odio y la desesperación, presumen
de un balcón de geranios o de claveles
rompedores, gordos como manzanas.
Es algo muy misterioso la cara de las
75 casas, daría que pensar durante
mucho tiempo.

El viajero, dándole vueltas a la
cabeza, va por las tapias del Retiro,
llegando a la puerta de Alcalá. Ve muy
80 claro todo lo que piensa, y un poco
confuso, quizá todo lo que ve. El día
fuerza por levantarse, cauto,
desconfiado, sobre los cables más
altos, sobre las últimas azoteas de la
85 ciudad, mientras los gorriones recién
despiertos chillan, en los árboles del
parque, como condenados. En el
parque también sobre la yerba, la
república de los gatos cimarrones, dos
90 docenas de gatos sin fortuna, sin amo,
dos docenas de gatos grises,
malditos, sarnosos; de gatos que, sin
un sitio al lado de ningún hogar
encendido, deambulan en silencio,
95 como aburridos presos sin esperanza
o enfermos incurables, dejados de la
mano de Dios.

Los portales siguen cerrados, como
las bolsas avaras y miserables, y los
serenos de nuevos, relucientes
100



- galones de oro, miran con cierta
deconfianza, para el viajero que pasa,
camino de la estación, con la mochila
al hombro y el andar despreocupado,
5 casi sin compostura incluso.
El viajero va lleno de buenos
propósitos: piensa rascar el corazón
del hombre del camino, mirar el alma
de los caminantes asomándose a su
10 mirada como al brocal de un pozo.
Tiene buena memoria y quiere
deshacerse de la mala intención, como
de un lastre, al dejar la ciudad. De
dentro de su pecho salen en voz alta,
15 rodando sobre las baldosas de la
acera, lo versos de don Antonio- el
hombre de cuerpo más sucio y alma
más limpia que, según alguien dijo ya,
jamás existió.
20 Quisiera poder decir, al volver, las
verdades de a puño que se explican,
como el río que marcha, por sí solas.
Rodeado de las gentes honestas que
ahorran durante meses enteros, quién
25 sabe si aun durante años enteros, para
comprarse una alfombrita para los pies
de la cama, quisiera poder repetir, con
los ojos afables y el gesto como
resignado, las sabias palabras de don
30 Antonio:
En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,
y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
40 *el vino de de las tabernas*
Mala gente que camina
y va apestando la tierra...
45 *Viaje a la Alcarria*, pág. 77. Colección Austral,
Madrid, 1990

- 50 [Viaje a la alcarria / Camilo José Cela.](#)
[Introducción José María Pozuelo](#)
[Yvancos](#)

Verfasser: [Camilo J. Cela](#)**Ausgabe:**
24. ed.**Erschienen:** [Madrid](#) : [Espasa](#)
[Calpe](#), 1994
Umfang: 238 S.**Schriftenreihe:**
55 Colección austral ; A, 131
[Fachbibliothek am Romanischen](#)
[Seminar](#)
Signatur: ST 20 | CEL | II/28
Status: Praesenzbestand



N° 3 El abuelo en Buenos Aires
Alfredo Bryce Echenique

Para escribir estas líneas he puesto
5 uno de sus inmensos relojes de
bolsillo sobre mi mesa de trabajo.
Tuvo 31, porque siempre usó uno
distinto cada día del mes. En fin, que
al abuelo materno le gustaba la
10 fifuya, qué duda cabe, y 31 bastones
tuvo y 31 pares de zapatos hechos a
la medida, por el problema aquel de
tener unos pies tan largos como
trainera de regata Oxford-Cambridge
15 y tan estrechitos como un alfiler. Le
encantaba eso de ser muy flaco y tan
alto y huesudo ya que por ello le
llamaban "El caballero de la triste
figura" y era bueno hasta el punto de
20 aceptar sin rencor alguno que su
amigo don Mariano Tudela fuese
bastante más alto que él, por la
sencilla razón de que mi abuelo, al
encontrarse en público con su amigo,
25 no sólo se crecía ante la adversidad
sino que literalmente crecía todos los
centímetros que se rebajaba y
encogía don Mariano hasta lograr
esa mezcolanza de empate y pacto
30 de honor de la que dan testimonio
muchas fotos de aquellos años y,
entre ellas, la que tengo aquí a mi
lado también, junto al fabuloso Ulisse
Nardin de leontina y oro, "Unico
35 Premio de Honor, Concurso
Internacional de Puntualidad, Ginebra
1876".

Yo quise con pasión y ternura a ese
viejo que remaba a los 80 años y que
40 era capaz de cambiarse, sin que jamás
nadie se diera cuenta, hasta tres
dentaduras postizas en un banquete
de palacio de gobierno. El tiempo le ha
dado totalmente la razón en la única
45 explicación que dio acerca de su
neuromaniáticas hazañas: "Yo siempre
he tenido problema con lo postizo". Y
cuantísima razón le ha dado el tiempo
al abuelo materno en otra de sus
50 categóricas aseveraciones: "No trato

de justificar mis dispendios. Sólo les
aseguro que no soy suficientemente
rico como para comprarme cosas
baratas". En Francia llevé una vez a
55 limpiar su Ulisse Nardin, el veintiúnico
entre todos sus relojes de bolsillo que
ha quedado en la familia. Tras haber
abierto, una tras otras, sus tapas y
más tapas finísimas- parecía un libro
60 redondo con páginas de oro-, y tras
haberse asomado y hasta asombrado,
el relojero montpellerino exclamó:
"Monsieur!, y siguió exclamando con
su acento regional que en su vida
65 había visto joya tan magnífica y que,
por ninguna razón del mundo, donde
quedaban aún seres tan honrados
como él, podría limpiar ese reloj sin
antes pasar por un notario: "A mí me
70 puede partir un rayo esta noche,
monsieur, y no quiero morir con la
conciencia negra de pensar que usted
no ha recuperado su Ulisse Nardin. En
fin, qué no pasó aquella vez en
75 Montpellier, por haber querido yo sacar
a pasear a Ulises para que me lo
desempolvaren un poco.

En el reverso de la primera placa
posterior de mi heredado tesoro,
80 dice: "A don Francisco Echenique, sus
compañeros del Banco de Londres y
Río de la Plata, en ocasión de su
enlace. Buenos Aires, 4 de mayo de
1912". He tiritado de frío, en París, he
lavado platos, en Mykonos, no pude
mandar una carta de amor a Lima, allá
por el 65, he tenido hambre, en Italia,
pero aquí sigue el reloj conmigo y a
90 veces lo visito en su escondite y le doy
cuerda mientras le cuento cómo y por
qué nunca lo pude vender: "Tu dueño
nunca fue lo suficientemente rico para
comprarse cosas baratas"- le explico
con la garganta anudada y todo,
95 mientras él me observa desdeñoso,
semejante a los dioses. Después, ya
para mí mismo, mientras cierro el
escondite, absurdo, tierno, sentimental
e inútil, me voy diciendo, como quien
100 se da ánimos: "Y tú nunca fuiste lo



suficientemente desalmado como para vender a tu abuelo tan querido, el de la increíble historia de por qué en Buenos Aires se enamoró de una peruana
5 porque la oyó decir *plátano*, en vez de *banana*.

Llegué por primera vez a Buenos Aires en 1990 y, como era mi obligación y además porque lo deseaba de todo corazón, ya que es la gente más divertida y encantadora del mundo, fui a visitar a la familia de mi abuela materna. De los primos de mi edad, sólo estaba Beatrice. Sus hermanos
15 Fernando y Miguel Angel viven en Bariloche y en Salta, respectivamente. Laurita su madre, viuda de mi tío carnal Guillermo Basombrío, decidió reunir a la familia en mi honor. Beatrice se encargó de prepararlo todo porque
20 hoy de todo aquel pasado tan sólo les queda Nanny, la gobernanta irlandesa, pero a Nanny más bien la gobiernan ellos por lo ancianita que está la pobre. Desde ahí, Laurita, sin un solo
25 empleado, una sola secretaria o un solo fax administra fabulosas estancias de gente que prefiere confiar en sus 83 años (entonces) de amistad que en el mejor administrador de lo que sea. He
30 llegado caminando desde el hotel Bauen, en la calle Callao. Como Vallejo cuando decía: "Me pongo la corbata y vivo", me he puesto mi fabuloso Ulisse Nardin de leontina y oro, "Único Premio de Honor,
35 Concurso Internacional de Puntualidad, Ginebra 1876" y he caminado loco de contento, emocionado y aleontinado, por decirlo
40 de alguna manera que brille como mi relojazo chillandé por calles que caminó, señorón, don Francisco Echenique Bryce. Estoy en la puerta y
45 procedo.

Y ya estoy adentro, sentado y familiar, y ya han sacado un ratito a Nanny, que se tiene que acostar temprano, para que salude al pariente
50 peruano y se llene de recuerdos y

temblor. La acuestan cuando la memoria se le va por Lima hasta su Irlanda natal y he quedado en una sala tocada por el siglo XIX, ante una mesa
55 baja y amplia sobre la cual reposa el azafate con las empanadas y varias garrafas de vino. Lampedusa era un gatopardito al lado de lo que estoy viendo y oyendo, dulcemente acribillado por la nostalgia y el cariño. Habló, por fin, el tío Manolito.

"Era un tipo lindo, tu abuelo, pero aquí en Buenos Aires no pudo quedarse porque al final ya andaba
65 quebrado. Con su odio por todo lo postizo, hasta interrumpió directorios de Bancos para repetir aquello de que se decía *plátanos* y no *bananas*. Y al pobrecito el *banana* le caía pésimo, pero a diario entraba en un restaurant y le soltaba al maître su eterno
70 "traígame usted un plátano, por favor, uno de esos que ustedes llaman *banana*". La cosa acabó mal, pobre Francisco. Un día entró a una
75 confitería con el dinero justo para un café. Pero lo descubrieron mil damitas de la sociedad y tuvo que invitarles de todo. Abrumado y sin que ellas lo notaran; siquiera, se dirigió a la caja a
80 pagar con uno de sus famosos relojes. Y se topó con un mozo mucho más alto que él y que le dijo: "Mire, don Francisco, aquí ya todos estamos
85 hartos de que se diga *plátano* y no *banana*, pero es usted un caballero y yo no le voy a aceptar su reloj".

Déjenme contarles yo mismo el desenlace porque, desde aquella
90 noche con mis parientes de Buenos Aires, a mi abuelo simplemente lo adoro. Viéndolo nuevamente sentado a su mesa, el mozo mucho más alto que él le trajo un platito lleno de pesos, para que sus
95 acompañantes creyeran que ya había pagado y que le estaban dando su vuelto. Generoso, como siempre, mi abuelito miró al mozo gigantesco y, acercándole serenamente el platito lleno de monedas, le dijo: "Quédeselos de propina, nomás".
100

Para LA NACIÓN- Lima, 2000



N° 4 *Todos los alimentos del mundo*

Gustavo Martín Garzo

5 Podríamos contar nuestra vida a
través de los platos que llegamos a
probar en ella, sobre todo durante
nuestra infancia. Por ejemplo, yo no
10 creo que fuera el mismo sin los
buñuelos de viento que mi madre
preparaba, y sigue preparando, el día
de Todos los Santos, unos buñuelos
que hacen honor a su nombre y
15 literalmente desaparecen en la boca,
como si más que comerse se
respiraran; o sin las tortitas de
caramelo que me tomaba en León, en
una cafetería que se llamaba Alaska,
20 en compañía de una tía, hermana de
mi madre, que llegó a superar los cien
kilos y que ha sido la más grande y
maravillosa devoradora de dulces que
he tenido la ocasión de conocer. Ni por
25 supuesto, sin la jalea de membrillo,
que se obtenía de la larga cocción de
las mondas y las semillas de los frutos,
ricas en gelatina, y en una cantidad tan
escasa que mi madre se veía obligada
30 a administrar con mano férrea, para
que el reparto pudiera alcanzar a
todos. Como si el dulce un poco
áspero del membrillo, cuya abundancia
llegaba a hartarnos, formara parte de
35 la prosa del mundo, y la jalea fuera su
poesía. Y bien mirado creo que esta
distinción entre prosa y poesía no es
del todo inadecuada para referirnos a
los distintos platos que podemos llegar
40 a comer. Dando por supuesto, por
ejemplo, que un cocido es pura prosa,
por más que prosa épica, un canto al
trabajo común y a la soledad del
páramo en invierno; mientras que el
45 pan o el aceite de oliva son poesía, ya
que parecen añadir al mundo una
cualidad nueva, algo que no estaba ni
en el trigo ni en la aceituna de la que
proceden. De forma, por ejemplo, que
50 unas patatas guisadas, un pollo en

pepitoria, un bacalao al ajo arriero, son
inequívoca prosa, mientras que ese
mismo bacalao, sólo que al pil pil, es
poesía, y de la mejor, pues quién
55 podía imaginar a ese pobre pez
segregando a escondidas esa
sustancia delicada y oleaginosa que
luego en el plato parecerá más una
fantasía del cocinero que una cualidad
60 de su ser. También es poesía, claro
está, toda la repostería. Por ejemplo,
esos bizcochos que nada parecían
tener que ver con los huevos, la leche
y la harina con que se preparaban, y
65 que de pronto se esponjaban en el
horno ante nuestros ojos golosos
como si de un momento a otro fueran
a echarse a respirar por su cuenta. Y
hablar de estos platos, claro, es
70 hacerlo de las tardes interminables en
la cocina, que al menos entonces era
el reino de las mujeres de la casa. Y
hacerlo del bullicio y de la eterna
agitación que reinaba en aquel
75 hermoso mundo donde ellas no
paraban de hablar y reír, porque ése
parecía ser el poder supremo que
habían recibido de la naturaleza, el de
volver comestible todo lo que tocaban,
80 que hasta bien mirado habrían podido
cocinar, si lo hubieran querido, las
patas de las sillas, los azulejos que
cubrían las paredes y las botas que
nos poníamos para salir a la calle.
85 Pero en el que tampoco dejaban de
hablar, pues ése era el otro poder que
las mujeres parecían haber recibido
junto a aquel de volver comestible el
mundo, el de hacer de cada cosa una
90 fuente inagotable de conversación, de
forma que hablar y preparar la comida,
sentarse a comer y empezar a contar
sin descanso eran acciones que no se
podían ni concebir si ellas no estaban
95 a nuestro lado. Y así, por ejemplo, el
tiempo de la comida era el tiempo en
que mi madre nos hablaba de sus
pretendientes de soltera, y de su vida
en el hotel, pues mis abuelos tuvieron
100 un hotel en León, y ella era la



encargada de servir la comida. De lo guapa que era y de cómo los clientes se callaban cuando la veían entrar en el comedor, con aquellas piernas
5 incomparables que parecían escalas para subir al mismísimo cielo. Y claro, también se hablaba de lo que comíamos. Si eran liebres, codornices, o perdices, de los incidentes de la
10 caza y de las exageraciones de los cazadores, cuyo único amo era la vanidad; si eran animales de corral, o productos de huerta, de dónde procedían y quiénes eran sus dueños.
15 Pues cada producto tenía su individualidad, y comer no era sino una forma, tal vez la más íntima, de dialogar con el mundo en que nos había tocado vivir. Con los ríos, que
20 nos daban los cangrejos y los patos, con los pinares en los que hallábamos los níscalos y con las cunetas y prados en que, a comienzos de la primavera, cogíamos los somnolientos caracoles,
25 que era el único animal que, debido a su lentitud, no parecía tener el instinto salvador de la huida. Y, claro, también con las huertas y los corrales de nuestros vecinos, cuyos productos se confundían con sus vidas, de forma
30 que si estábamos comiendo un pollo, por ejemplo, a cualquiera se le podía ocurrir recordar la tragedia de Jandri, uno de nuestros vecinos más queridos,
35 y ya nada podía ser igual. Su mujer, Silveria, se había muerto hace poco y desesperado por aquella pérdida, se había puesto a clamar en el corral de su casa: 'Ay, mi pobre Silveria, que
40 abran todas las puertas de par en par y que se vayan todos los animales, que ya no tengo ilusión ni por conejos ni por gallinas'. Y en ese pollo que nos estábamos comiendo estaba entonces
45 la memoria de ese amor, pero también toda la desdicha y la desolación de aquel pobre hombre, y la posibilidad de que alguna vez nuestra vida pudiera albergar una desdicha
50 semejante. Y eso mismo nos pasaba

con los tomates, los melones, con los productos de aquella fiesta dolorosa de la matanza, o con la nata que se formaba en la leche al hervir, y con la
55 que se fabricaban pastas, bizcochos o mantequilla, porque no había producto que comiéramos que no viniera acompañado de un nombre o no tuviera su propia y pequeña historia.
60 De forma que comer, como ya dije antes, no era sino una forma de continuar ese diálogo interminable con el lugar en que habíamos nacido y con los que vivían a nuestro lado. De
65 dialogar con ese lugar, y de agradecerle aquellos alimentos que nos permitían saciar nuestro hambre, y sobre todo reunirnos alrededor de una mesa tan bien surtida como llena de discretas satisfacciones. Una mesa
70 que mi padre bendecía cada día, con la emoción apenas disimulada de vernos allí reunidos y a salvo, porque también comer era eso, permanecer
75 dentro de un círculo encantado donde nada malo nos podía suceder. Y si hay un momento de esas comidas que recuerde por encima de todos, es aquel en que a mi padre le tocaba
80 comer los pichones estofados. Un plato que sólo a él le estaba destinado, pues ya en aquel tiempo los pichones eran un bien escaso. Los robos frecuentes, y la sustitución de los
85 abonos naturales por los abonos químicos, especialmente los nitratos de Chile, cuyos anuncios invadían las tapias de los pueblos, con la silueta negra de aquel hombre que parecía el misterioso personaje de un cómic,
90 habían precipitado el abandono de los palomares y la desaparición de los pichones. Mi padre era un gran aficionado a ellos y de vez en cuando alguien del pueblo le regalaba una
95 pareja. Y era cosa de ver a mi madre entrando ese día en el comedor llevando en las manos un plato, que en nada se podía comparar a los que
100 teníamos que comer nosotros.



Recuerdo el vuelo de esos pichones estofados que terminaban invariablemente delante de mi padre, y cómo éste levantaba la vista del
5 mantel y nos miraba con expresión burlona... antes de empezar el reparto. Porque al momento todos estábamos a su lado, esperando. Y a los primeros les tocaban los muslos, y a los que
10 iban llegando las pechugas, las alas y el cuello, hasta que todos recibíamos nuestra parte. Y ahora que lo pienso, sé que es difícil creerse que dos
15 pichones bastaban para dar de comer a una familia de seis hijos, pero en mi recuerdo, y eso es lo que importa, era así como sucedía. Probábamos la carne suave y vigorosa que nos daba, y le escuchábamos hablar. Pues
20 mientras los comíamos, mi padre no cesaba de hablarnos de las costumbres de las palomas, y del difícil mantenimiento de los palomares en aquella tierra, o de cuando había sido
25 niño y, al estar muy enfermo, era ése el alimento que su madre le había dado sin descanso, y con el que finalmente le había logrado salvar. Hubo un pintor renacentista, llamado
30 Arcimboldo, que tenía la extraña costumbre de componer sus retratos utilizando los distintos alimentos del mundo. Y así unas veces el rostro de los hombres estaba compuesto de
35 verduras, otras de frutos, de peces o de aves, con lo que daba a entender que el cuerpo humano es un resumen de la creación. Y es cierto que formamos parte del mundo, y que nos
40 confundimos con todos los seres creados, pero no lo es menos que son las palabras quienes nos lo recuerdan. Gracias a esas palabras recordamos que hay una continuidad entre
45 nosotros y las verduras, los cereales, las uvas, los conejos, los peces y los animales volátiles. Y es verdad que somos un poco brutos y nos lo comemos todo. ¿Pero qué otra cosa
50 podemos hacer si tampoco podemos

dejar de hablar? Que algo nos salga a pedir de boca ¿no es el más alto bien que nos pueden desear los que nos quieren? Pues que así siga siendo y
55 que, como dijo Sancho en las bodas de Camacho, vayan días y vengan ollas para todos.

El País, pág. 14, 02-09-2001



Nº 5 El milagro de La Nueva Gloria Almudena Grandes

5 Era una caja de cartón corriente, más bien pequeña, y algo en su aspecto le llamó la atención.
José Alberto Gutiérrez estaba muy acostumbrado a ver cajas de cartón en la calle, porque desde hacía tiempo trabajaba de noche, como conductor de un camión de recogida de basuras en la ciudad de Bogotá. Junto a los cubos, en las esquinas o al lado de las papeleras, las cajas de cartón formaban parte del paisaje de su vida, pero aquella le pareció especial. Parecía que alguien hubiera puesto mucho cuidado en abandonarla, porque estaba cerrada, apartada de las bolsas, casi alineada con las baldosas de la acera. Por eso, mientras sus compañeros se afanaban en la parte trasera, él se bajó del camión y se acercó a ella. Al levantarla en vilo, comprobó que estaba llena, y como pesaba mucho, volvió a dejarla en el suelo antes de abrirla. Entonces, a la luz de una farola, leyó dos nombres. Arriba, en letras mayúsculas, León Tolstói. Debajo, en caracteres más grandes, de florida caligrafía, Ana Karenina.
Aquella caja estaba llena de libros. No le dio tiempo a leer más títulos, porque cuando levantó el primero, sus compañeros le reclamaron. Ya habían terminado y quedaba mucha basura que recoger, así que José Alberto volvió al camión, pero decidió llevarse la caja con él. Al volver a casa, antes de acostarse, fue mirando todos aquellos libros, leyendo los títulos y los textos de las solapas, estudiando sus portadas y las fotos de sus autores para colocarlos después en una estantería. Se reservó, eso sí, *Ana Karenina*, para empezar a leerlo inmediatamente.
Esa novela de Tolstói cambió la vida de José Alberto Gutiérrez. También su

trabajo, porque desde que la encontró, salió cada noche a recorrer las calles de Bogotá de otra manera. Estaba seguro de que el propietario de aquella caja se había desprendido de sus libros porque no tenía más remedio, porque necesitaba el espacio que habían ocupado hasta entonces para otros nuevos, porque se había mudado, había tenido un hijo o había heredado una biblioteca con títulos duplicados. De lo contrario, calculó, los habría arrojado en el cubo de su casa o de mala manera sobre un contenedor. Eso significaba que la ciudad estaba llena de cajas que le esperaban, y que su misión era encontrarlas, recibir los libros sin futuro que sus dueños le habían encomendado, y darles cobijo, un nuevo lector, una nueva vida.
José Alberto encontró muchos otros libros en cajas de cartón, más bien pequeñas, posadas con cuidado sobre las baldosas de la acera, a veces solitarias, a veces en grupos de dos o tres, cerca de los portales de edificios en obras, de los camiones de mudanzas, de los solares donde se apilaban muebles rotos o trastos viejos. Y siguió rescatándolos, mirándolos, acariciándolos, atesorándolos en sus estanterías como si fueran nuevos. Hasta que llegó a tener tantos que su riqueza empezó a parecerle un abuso. Si Bogotá le regalaba libros todas las noches, sería justo que él se los devolviera a Bogotá algún día.
Aunque el nombre de su barrio es La Nueva Gloria, allí nunca había existido ninguna biblioteca pública. José Alberto Gutiérrez miró hacia arriba y después a su mujer, Luz Mery, cuyo taller de costura ocupaba toda la primera planta de la casa. Los libros hacen más falta, le dijo, y cuando la convenció, su casa se convirtió en la primera biblioteca comunitaria de La Nueva Gloria, un lugar para leer, para



tomar y devolver libros prestados, para
compartir lecturas. La mirada amorosa
de Ana Karenina preside desde
entonces muchas otras historias de un
5 amor más feliz que el suyo, el amor de
muchos adultos, muchos niños del
extrarradio bogotano que han
descubierto la emoción de la literatura
en unas páginas rescatadas de la
10 basura.

Esta biblioteca tiene un nombre, La
Fuerza de las Palabras y un lema aún
más hermoso. *Siempre imaginé que el
paraíso sería algún tipo de biblioteca.*

15 Jorge Luis Borges escribió estas
palabras, y José Alberto Gutiérrez las
tomó prestadas para situar a su
amparo un proyecto cada vez más
ambicioso. Ahora, cuando personas de
20 toda Colombia le envían a diario libros
nuevos y usados para ampliar unos
fondos que cuentan ya con más de
diez mil títulos, ha convertido la
primera planta de su casa en la sede
25 de una fundación que aspira a
sostener nuevas bibliotecas
comunitarias en distintos barrios
marginales de Bogotá, y no descarta
extenderlas a otras ciudades de
30 Colombia. Quien desee seguir la
trayectoria de este pequeño y gran
milagro, puede consultar su página
web, www.lafuerzadelaspalabras.com.
En diciembre de 2010, José Alberto
35 Gutiérrez acudió a la Feria
Internacional del Libro de Guadalajara,
México, para dar difusión a su
proyecto. Después, volvió a Bogotá,
donde sigue conduciendo cada noche
40 un camión de la basura.

*(Este artículo es para María de los
Ángeles Naval, que al conocer a José
Alberto, en la FIL, miró a los escritores
que la rodeaban y preguntó: 'Y esta
45 historia... ¿quién la va a contar?').*

El País semanal, pág.96, 02-01-2011



Nº 6 Un hombre de acción
Luis Landero

Aprovecho la mañana de sol para
5 visitar a Blas, un campesino amigo
mío, que apenas me ve comienza a
hablarme de cosas claras y distintas.
Es un hombre ya sesentón, robusto,
activo, práctico, que parece incapaz de
10 quedarse quieto y callado a un tiempo.
De vez en cuando te golpea con el
dorso de la mano en el pecho o te
agarra del brazo, supongo que para
exigirte presencia y militancia de
15 oyente y certificar así sus palabras y
asegurarse de que llegan tal cual a su
destino. A este hombre no le basta
sólo con el mero lenguaje. Si no llueve
pronto y bien, los soles y los hielos
20 endurecerán y secarán la tierra; si
llueve mucho se aguachinará, y
tampoco será de gran provecho. Coge
un terrón, lo desmenuza entre sus
dedos y luego te invita, o más bien te
25 obliga, a que hagas también tú el
experimento. Ni mucha agua ni poca,
sólo lo justo: ¿queda claro el lenguaje?

Yo sospecho que quien al hablar (e
incluso al escribir, como da la
30 impresión de que ocurre a veces con
Unamuno) te toca, te echa el aliento,
te tira de la manga, te empuja, te
magrea y señala a
demás a las cosas para dejar bien
35 remachadas las palabras, se carga
ventajosamente de razón. Si quieres
discrepar, tendrías a su vez que sobrar
al otro y apelar al entorno, pues si no,
¿qué fuerza de persuasión tendrán tus
40 argumentos verbales frente al imperio,
la evidencia, la plenitud de los sentidos
y de la propia acción? Pero no hay
tiempo de pensar más, porque ya Blas
me agarra otra vez del brazo y me
45 lleva a ver un caso curioso, una encina
gigante que está seca y tiene el tronco
hueco. Por el camino me informa de
que en el hueco cabe un hombre
entero allí dentro. Acto seguido me
50 empuja para que compruebe por mí

mismo que también yo, el hombre
Luis, quepo en el hueco con holgura.
Por último se mete conmigo y nos
apretamos los dos en la oquedad, y
55 nos quedamos expectantes. "¿Ves?
Ahora estamos los dos", y
permanecemos allí un ratito para
convencernos a fondo de la veracidad
del enunciado.

60 ¿Podría extraerse alguna lección de
este ajuste perfecto entre la acción y la
palabra? No hay tiempo de pensarlo,
porque ya Blas ha pasado a otro
asunto y está hablando de que éste va
65 a ser un mal año de setas, y con un
vasto ademán señala al campo, a
modo de evidencia. Se agacha,
arranca algo, quizá una seta o un
indicio de seta, y me lo mete en la cara
70 para que lo huelga y me llene de la
realidad "seta", tal como Heidegger (a
quien yo sólo conozco de oído) diría
aquello del "ser que es en sí mismo,
para sí propio", o cosa parecida.

75 Estamos en el campo, entregados
supuestamente al ocio, y así y todo no
hay tiempo de recrearse en los
placeres del pensamiento o la
contemplación. Y es que con estos
80 campesinos no hay forma de pasar en
el campo un verdadero día de campo.

De pronto Blas se acuerda de que su
mujer acaba de comprar una mesa de
material sintético, y allá que nos
85 precipitamos a verla. Entramos en la
casa, y él nos enseña todo, y todo lo
 nombra y lo toca y nos lo hace tocar.
"Ésta es la mesa", dice, y la zarandea
un poco y luego le da un golpe recio
90 en el tablero. Y tú: "Parece una buena
mesa". "¡Toca, tócala! ¡Dale fuerte!" Y
tú la tocas y la golpeas y pruebas su
estructura, su solidez. Luego te echas
atrás para mirarla en panorámica: es
95 una pena que no se pueda hacer algo
más con una mesa. "¿Qué tal?" Y tú,
ahíto de experiencia, incapaz de
cualquier palabra, resoplas y haces un
gesto exculpatario de abrumación.
100 Cuando salimos afuera, yo ya estoy



agotado de estar con Blas. "Está bonito el campo", digo, a ver si acaso esa apelación a la estética lo sosiega y lo saca de sus querencias, como hace el matador con el toro. Y en efecto, por un momento Blas se calla, como si se hubiera acatarrado de súbito. Inmerso en la faenas agrícolas, para él el campo no es hermoso ni feo. Él es un hombre práctico, y quizá sus emociones no se nutren del color de la jara ni de la fragancia del cantueso. Hay un silencio de condolencia, como si yo hubiese comunicado una desgracia. Y claro, al no secundar Blas mi juicio estético sobre el paisaje (al que tampoco el juicio, por cierto, parece haberle afectado mayormente), yo me quedo mirando al campo con una mirada un tanto estúpida, y me siento solo e incomprendido por Blas y por el propio hermetismo de la naturaleza.

Pero inmediatamente dice Blas: "Mañana matamos un chivo y nos lo comemos". Tú haces aspavientos y gestos de que no, de que esa breve secuencia de acontecimientos es poco menos que imposible. "Pobre chivo". "¡Anda, ¿y para qué están los chivos si no?" dice él. Y explica con la voz y las manos lo que harán con el chivo. Lo matan, lo despellican, lo trocean, lo meten en el caldero y hacen caldereta. Luego, se lo comen. ¿De qué manera? La cuchara en la mano, un paso adelante y otro atrás. ¿Alguna duda sobre el sentido del mensaje?

Poco después hay un momento en que representamos una clase elemental de gramática. "¿Qué árbol es ése?". "Un peral". "¿Y ese canto?" "Es la abubilla". Por si acaso, imita el canto que estamos oyendo. "¿No oyes? Poi poi" Y la abubilla ratifica a lo lejos: "Poi poi". "Ahí la tienes", dice Blas, convirtiendo en magia la obviedad. "Hace buen día", le digo. "Sí, pero tiene que llover. Ni mucho ni

poco, sólo lo justo. Tú ya sabes cómo son estas tierras", y mira al suelo con ganas de agacharse. Yo siento la amenaza del misterio que encierra lo evidente, y siento vértigo ante la transparencia absurda o insondable, no lo sé, que tiene a veces el lenguaje. Estoy a punto de decir algo, pero noto que no hago pie ni en la sensación ni en las palabras y me sale sólo un balbuceo de naufrago. Vagamente, me acuerdo de Wittgenstein, a quien (como me ocurre con Dante o con Milton) no he leído, aunque sí releído. Y de pronto descubro que algo en el aire, o en el alma, me invita a ser feliz. Las cosas están donde deben, cada cual con su nombre. Uno puede olerlas y tocarlas, por si acaso el nombre no fuese suficiente. El sol está ya alto y empieza a calentar. Pasa un perro. Seguro de mí mismo, casi como quien echa al tapete un naípe ganador, digo: "Ahí va un perro", y me siento orgulloso de mis palabras, humildes y eficaces, y a su modo inefables. "Mañana matamos el chivo y nos lo comemos", dice Blas. "Paso adelante y paso atrás", digo y escenifico yo. "¡Ahí está", me coge él la palabra.

Y ahora nos callamos. El silencio es acogedor, y nadie es responsable de él, y nos envuelve con la misma inocencia impasible del campo. "¿Quieres que te enseñe un pozo que acabo de hacer a medias con un zahorí? dice Blas, y antes de echar a andar me coge del brazo, no vaya a escaparme o a desaparecer por arte de magia. Y, la verdad, en ese instante yo no sé si entregarme definitivamente a la felicidad o a la desdicha.

95 *El País*, 01-11-1998



Nº 7 El Pirata del Elba
Luis Sepúlveda

Una calle de Hamburgo lleva el
5 nombre del **burgomaestre** Simon von
Utrecht, pero casi ningún hamburgués
sabe quién fue este sujeto ni porqué
merece ser recordado. Lo único que
saben de él es que ordenó la
10 ejecución de un hombre que vive en la
memoria de los **irreverentes**, en
cientos de canciones y narraciones
que se cuentan a orillas del mar. El
hombre que sí es recordado se llamó
15 Klaus Störtebeker y era un pirata. El
Pirata del Elba.

En 1390, la Liga Hanseática imponía
a sangre y fuego su dominio mercantil
sobre el Atlántico norte y el mar
20 Báltico. La Liga establecía impuestos
absurdos, fijaba precios arbitrarios a
los artesanos y agricultores, y en sus
mil barcos los capitanes hanseáticos
se valían de la horca para castigar
25 cualquier falta.

Pero, como siempre ha ocurrido en la
historia, un grupo de navegantes
liderados por Klaus Störtebeker, un
gigantón de rostro **fiero** y barba
30 bermeja, dijo no, basta ya de
impuestos látigo y cuerda, y tras un
motín **se hicieron** con una nave que
empezó a navegar bajo la bandera de
la libertad.

En 1392, en la isla de Gotland, los
35 hombres de Störtebeker dictaron su
declaración de principios a un
sacerdote que tradujo al latín las
palabras pronunciadas en todos los
40 dialectos que se hablaban en el norte
de Europa. Ellas decían que los
hombres son escogidos por Dios para
practicar la felicidad, y sólo la felicidad
otorgaba la necesaria vitalidad para
45 soportar cualquier penuria. A partir de
aquel momento empezaron a llamarse
"Die Vitalienbrüder", los Hermanos
Vitales, y fueron el **azote** de la Liga
Hanseática. **Abordaron** los barcos
50 cargados de bienes, interrogaban a los

marineros respecto de los últimos
castigos sufridos, y muchos oficiales y
capitanes **sintieron en sus carnes el**
gato de siete colas o el aire mezquino
55 que permite la horca. El motín era
repartido, la mitad entre la cofradía, y
la otra mitad entre las poblaciones
ribereñas del Elba o de las costas del
Báltico. La llegada de Störtebeker y
60 los Vitalienbrüder era esperada como
una bendición por los pobres de
entonces.

Como era de esperar, La Liga
Hanseática **puso precio** a la cabeza
del pirata, y decenas de capitanes
65 alemanes, suecos y daneses, se
lanzaron a su captura. No lo tuvieron
fácil porque Klaus Störtebeker resistió
hasta bien entrado en año 1400.

Una mañana de primavera de ese
70 año, todo Hamburgo se dio cita junto a
"Teuffelsbrücke", el Puente del Diablo",
para presenciar la ejecución del pirata
y cerca de un centenar de sus
75 camaradas. Simón von Utrecht, el
burgomaestre, pronunció la sentencia
con voz firme: decapitación. El
verdugo hizo relucir la espada y
esperó a por la primera víctima, que
80 debía ser una marinero sin **rango**,
puesto que parte del castigo impuesto
a Störtebeker era ver la muerte de sus
hombres.

Entonces el pirata de la barba
85 bermeja habló:

-Quiero ser el primero, y es más, le
propongo un trato para mejorar el
espectáculo, señor burgomaestre.

-Habla-ordenó Simon von Utrecht.

90 -Quiero ser el primero. Quiero ser
decapitado de pie, y quiero que por
cada paso que dé una vez que por
mi cabeza haya tocado el suelo se salve
uno de mis hombres.

95 ¡Viva el pirata del Elba! Gritó alguno
entre la multitud, y el burgomaestre,
seguro de que todo era una
fanfarronería, aceptó.

La siseante hoja de acero cortó el
100 aire, entró por la nuca y salió por la



barbilla del pirata. La cabeza cayó al suelo y, ante la **estupefacción** de todos, el decapitado dio doce pasos antes de **desplomarse**.

- 5 Esto ocurrió una mañana de primavera del 1400. Casi seiscientos años más tarde, la primera semana de julio de este año, la policía de Hamburgo detuvo a varios muchachos
- 10 que intentaban por centésima vez cambiar el nombre de una calle. Llevaban unas largas pegatinas azules con letras blancas en las que se leía "Calle Klaus Störtebeker" y las ponían
- 15 cubriendo las placas metálicas que levan el nombre del nada célebre burgomaestre Simon von Utrecht.

- Mis hijos aman esta historia y espero contarla algún día a mis nietos, porque si bien es cierto que la vida es breve y frágil, también lo es que la dignidad y el valor le confieren la vitalidad que nos hace soportar sus trampas y desdichas.

25

Historias Marginales, pps.

- Titel:** [Historias marginales / Luis Sepúlveda](#)
- 30 **Verfasser:** [Luis Sepúlveda](#)
- Ausgabe:** 4. ed.
- Erschienen:** [Barcelona](#) : [Seix Barral](#), 2000
- Umfang:** 155 S.
- 35 **Schriftenreihe:** Biblioteca breve
- Standort:** [Zentralbibliothek, Freihandbereich](#)
- Freihandfachnummer:**
- Signatur:** Bc 2082

40



- 45 www.magellanworld.net/deutschland_kultur_stoerkebeker4.jpg

rom 980:sep 8,2



Nº 8 *El almohadón de plumas*
Horacio Quiroga

5

10

15

20

25

30

35

40

45

SU LUNA DE miel fue un largo
escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el
carácter duro de su marido heló sus
soñadas niñerías de novia. Lo quería
mucho, sin embargo, a veces con un
ligero estremecimiento cuando
volviendo de noche juntos por la calle,
echaba una furtiva mirada a la alta
estatura de Jordán, mudo desde hacía
una hora. Él, por su parte, la amaba
profundamente, sin darlo a conocer.
Durante tres meses —se habían
casado en abril— vivieron una dicha
especial. Sin duda hubiera ella
deseado menos severidad en ese
rígido cielo de amor, más expansiva e
incauta ternura; pero el impassible
semblante de su marido la contenía
siempre.

La casa en que vivían influía un
poco en sus estremecimientos. La
blancura del patio silencioso —frisos,
columnas y estatuas de mármol—
producía una otoñal impresión de
palacio encantado. Dentro, el brillo
glacial del estuco, sin el más leve
rasguño en las altas paredes, afirmaba
aquella sensación de desapacible frío.
Al cruzar de una pieza a otra, los
pasos hallaban eco en toda la casa,
como si un largo abandono hubiera
sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor,
Alicia pasó todo el otoño. No obstante,

había concluido por echar un velo
sobre sus antiguos sueños, y aún vivía
50 dormida en la casa hostil, sin querer
pensar en nada hasta que llegaba su
marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo
un ligero ataque de influenza que se
55 arrastró insidiosamente días y días;
Alicia no se reponía nunca. Al fin una
tarde pudo salir al jardín apoyada en el
brazo de él. Miraba indiferente a uno y
otro lado. De pronto Jordán, con honda
60 ternura, le pasó la mano por la cabeza,
y Alicia rompió en seguida en sollozos,
echándole los brazos al cuello. Lloró
largamente todo su espanto callado,
redoblando el llanto a la menor
65 tentativa de caricia. Luego los sollozos
fueron retardándose, y aún quedó
largo rato escondida en su cuello, sin
moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia
70 estuvo levantada. Al día siguiente
amaneció desvanecida. El médico de
Jordán la examinó con suma atención,
ordenándole calma y descanso
absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la
puerta de calle, con la voz todavía
baja—. Tiene una gran debilidad que
no me explico, y sin vómitos, nada. . .
Si mañana se despierta como hoy,
80 llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor.
Hubo consulta. Constatóse una
anemia de marcha agudísima,
completamente inexplicable. Alicia no
85 tuvo más desmayos, pero se iba
visiblemente a la muerte. Todo el día
el dormitorio estaba con las luces
prendidas y en pleno silencio.
Pasábanse horas sin oír el menor
90 ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía
casi en la sala, también con toda la luz
encendida. Paseábase sin cesar de un
extremo a otro, con incansable
obstinación. La alfombra ahogaba sus
95 pesos. A ratos entraba en el dormitorio
y proseguía su mudo vaivén a lo largo
de la cama, mirando a su mujer cada



vez que caminaba en su dirección.
Pronto Alicia comenzó a tener
alucinaciones, confusas y flotantes al
principio, y que descendieron luego a
5 ras del suelo. La joven, con los ojos
desmesuradamente abiertos, no hacía
sino mirar la alfombra a uno y otro lado
del respaldo de la cama. Una noche se
quedó de repente mirando fijamente.
10 Al rato abrió la boca para gritar, y sus
narices y labios se perlaron de sudor.
—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó,
rígida de espanto, sin dejar de mirar la
alfombra.
15 Jordán corrió al dormitorio, y al
verlo aparecer Alicia dio un alarido de
horror.
—¡Soy yo, Alicia, soy yo!
Alicia lo miró con extravió, miró la
20 alfombra, volvió a mirarlo, y después
de largo rato de estupefacta
confrontación, se serenó. Sonrió y
tomó entre las suyas la mano de su
marido, acariciándola temblando.
25 Entre sus alucinaciones más
porfiadas, hubo un antropoide,
apoyado en la alfombra sobre los
dedos, que tenía fijos en ella los ojos.
Los médicos volvieron
30 inútilmente. Había allí delante de ellos
una vida que se acababa,
desangrándose día a día, hora a hora,
sin saber absolutamente cómo. En la
última consulta Alicia yacía en estupor
35 mientras ellos la pulsaban, pasándose
de uno a otro la muñeca inerte. La
observaron largo rato en silencio y
siguieron al comedor.
—Pst... —se encogió de
40 hombros desalentado su médico—. Es
un caso serio... poco hay que hacer...
—¡Sólo eso me faltaba! —
resopló Jordán. Y tamborileó
bruscamente sobre la mesa.
45 Alicia fue extinguiéndose en su
delirio de anemia, agravado de tarde,
pero que remitía siempre en las
primeras horas. Durante el día no
avanzaba su enfermedad, pero cada
50 mañana amanecía lívida, en síncope

casi. Parecía que únicamente de
noche se le fuera la vida en nuevas
alas de sangre. Tenía siempre al
despertar la sensación de estar
55 desplomada en la cama con un millón
de kilos encima. Desde el tercer día
este hundimiento no la abandonó más.
Apenas podía mover la cabeza. No
quiso que le tocaran la cama, ni aún
60 que le arreglaran el almohadón. Sus
terrores crepusculares avanzaron en
forma de monstruos que se
arrastraban hasta la cama y trepaban
dificultosamente por la colcha.
65 Perdió luego el conocimiento.
Los dos días finales deliró sin cesar a
media voz. Las luces continuaban
fúnebremente encendidas en el
dormitorio y la sala. En el silencio
70 agónico de la casa, no se oía más que
el delirio monótono que salía de la
cama, y el rumor ahogado de los
eternos pasos de Jordán.
Murió, por fin. La sirvienta, que
75 entró después a deshacer la cama,
sola ya, miró un rato extrañada el
almohadón.
—¡Señor! —llamó a Jordán en
voz baja—. En el almohadón hay
80 manchas que parecen de sangre.
Jordán se acercó rápidamente Y
se dobló a su vez. Efectivamente,
sobre la funda, a ambos lados del
hueco que había dejado la cabeza de
85 Alicia, se veían manchitas oscuras.
—Parecen picaduras —murmuró
la sirvienta después de un rato de
inmóvil observación.
—Levántelo a la luz —le dijo
90 Jordán.
La sirvienta lo levantó, pero
enseguida lo dejó caer, y se quedó
mirando a aquél, lívida y temblando.
Sin saber por qué, Jordán sintió que
95 los cabellos se le erizaban.
—¿Qué hay? —murmuró con la
voz ronca.
—Pesa mucho —articuló la
sirvienta, sin dejar de temblar.
100 Jordán lo levantó; pesaba



extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la
5 sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandos: —sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había
10 un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia
15 había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria
20 del almohadón había impedido sin dada su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

25 Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente
30 favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

Cuentos de amor, de locura y de muerte, pág. 65, Biblioteca Básica de cultura cubana, 1960

- 35 [Cuentos de amor, de locura y de muerte / Horacio Quiroga](#)
Verfasser: [Horacio Quiroga](#)**Erschienen:** ([La Habana](#)) : ([Org. Continental de los festivales del libro](#)), 1960
40 [Fachbibliothek am Romanischen Seminar](#)
Signatur: TT 94 | QUI | II/5



Nº 9 La publicidad pensativa
Manuel Rivas

El de las pintadas es un género en
5 decadencia. Hay un claro retroceso
desde los tiempos de las cuevas de
Altamira a nuestros días, lo que
demuestra, una vez más, que para
ciertas artes no hay nada mejor que un
10 arresto domiciliario. Domina el *yoísmo*,
el pronombre personal de primera
persona, de tal forma que en vez de
mensajes lo único que vemos en las
paredes son huellas digitales de
15 firmantes obsesivos, logotipos
tarumba, que encima a veces mancha
con su ego y su guiña las piedras más
hermosas. Soy un apasionado de los
graffitis, de hecho escribo en papel
20 porque me da vergüenza y pereza
hacerlo con tinta indeleble o *spray* en
las paredes en blanco de la ciudad.
Además, una pintada original es tan
difícil como un buen verso. Lo que es
25 muy triste es pasar a la historia con un
"Aquí estuve yo" en la muralla de Lugo
o un "Somos la hostia" en el acueducto
de Segovia.

¿Qué indica la crisis del grafitismo?
30 ¿Es un reflejo pedestre de la pérdida
de pulso intelectual, de ese *Vamos a
menos* que denuncia Juan Goytisolo, o
una simple consecuencia del declive
de los oficios que requieren habilidad
35 manual? ¿Es el *yoismo* en las
pintadas y la pobreza en el mensaje,
un signo más del ciclo gris que
vivimos, el regreso de "Viva los de mi
quinta"? En los últimos tiempos sólo
40 recuerdo dos *graffitis* que me
impresionaron. Uno lo interpreté como
una alternativa a la crisis de confianza
alimentaria, con las *vacas locas* y
demás plagas. Decía: "No hay como un
45 diente de ajo". El otro contenía
precisamente una alusión irónica a la
egolatría: "Si no suena el teléfono, soy
yo".

Lo que quizá ha sucedido es que los
50 grafiteros se han pasado a la

publicidad: Ahora, por ejemplo, para
leer mensajes con contenido hay que
levantar la nariz de las paredes y
fijarse en las vallas publicitarias.

55 Algunos críticos literarios suelen dar
vueltas de noria alrededor de ideas
anacrónicas. Por ejemplo: lo que no se
entiende pasa al pozo del realismo
mágico. Pero el verdadero realismo
60 mágico contemporáneo es el de la
publicidad. Vivimos inmersos en esa
segunda naturaleza. Paseamos en ese
paisaje inventado, en el que un niño
distingue con facilidad las marcas de
65 telefonía móvil, pero desconoce qué
diferencia a un abedul de un
arce. Sería muy provechoso que en las
escuelas se estudiase este nuevo
hábitat. La ecología de las palabras y
70 los colores. El camuflaje, el reclamo, la
seducción. La ósmosis entre vida real
y ficción publicística. Cómo ese paisaje
artificial condiciona nuestra
percepción del tiempo. "El futuro ya
75 está aquí", dice un anuncio. "El futuro
ya ha pasado", puntualiza otro,
tomando la delantera. ¿No es eso un
debate filosófico?

Se habla mucho del pensamiento
80 débil, del grado menos cero de cultura,
o, ya abiertamente, de la derrota del
pensamiento. Lo ha dicho claro y en
voz alta George Steiner: "Los
intelectuales están domesticados. Han
85 sucumbido a la publicidad y al
efectivismo". Ironías de la vida, el
último grito en publicidad es la frase
larga y reflexiva, el aforismo, la cita de
autoridad. Mientras analizamos
90 fascinados la Guerra de las Pelucas en
televisión, resulta que la publicidad se
devana los sesos con el enigma del
ser.

Vas por la calle, levantas la vista y te
95 encuentras una frase que dice: "No hay
mayor provocación que ser tú
mismo" (John Malkovich). Cambias de
barrio, y es Léam Neeson el que te
mira y te deja meditabundo: "Cuando
100 todo el mundo me felicita, me empiezo



a preocupar". Y así con varios mensajes más, de tal manera que regresas a casa llamándole al perro Sartre y con una cultura existencialista del copón. Para un publicista, si de anunciar un licor se tratase, lo más rutinario sería acudir a una cita directa. Como la que se atribuye a James Joyce: "Soy un abstemio muy estricto, nunca tomo nada entre bebidas". O aquella otra de Yeats: "El único problema con Seamus O'Sullivan es que cuando no está bebido, está sobrio". Pero el buen arte de la publicidad radica en sorprender sin mosquear: Y adelantarse.

Ojalá esta revolución pensativa en la publicidad afecte también a los lemas de las campañas políticas. Estoy deseando ver una valla publicitaria en la que Aznar explique el porqué volverá a ser candidato: "No siempre me equivoco, pero siempre lo hago en el momento correcto".

25 *El País Semanal*, pág.100, 04.02.2001

Angel Benito, *Diccionario de Ciencias y técnicas de la comunicación*,
30 Ediciones Paulinas, 1991

